

HERACLIO BONILLA (ed.). *Las Crisis Económicas en la Historia del Perú*.
Lima: Centro Latinoamericano de Historia Económica
y Social y Fundación Friedrich Ebert, 1986. 376 pp.

El objetivo central de eventos del tipo de los congresos es la presentación y posterior discusión de los más recientes avances sobre un determinado tema, relevante a la disciplina por alguna razón. Lamentablemente, en muchos casos de estos importantes esfuerzos sólo queda el recuerdo, cuando no algunas notas apuradas para los afortunados asistentes o cierta referencia por algún conocido que sí estuvo presente. En este sentido, la publicación de los trabajos presentados constituye la prolongación de un debate que el certamen abre pero que unos pocos días de intercambio de opiniones no pueden cerrar. Debe ser, pues, motivo de satisfacción para todos los interesados en el avance de la disciplina histórica la reciente publicación de los trabajos, así como los comentarios a algunos de éstos, presentados al Simposium de Historia Económica que en el marco del Primer Congreso Nacional de Investigación Histórica tuvo lugar en Lima en noviembre (11-16) de 1984.

Dos tareas se plantearon en dicho evento: por una parte, hacer un balance de la reciente investigación en Historia Económica y, por otra analizar la naturaleza de diversas crisis que se han dado a lo largo de la historia de este país. Así el libro que reseñamos tiene dos partes que abarcan cada una de estas áreas de trabajo.

La primera parte, dedicada al balance, consta de cinco trabajos que dividen su interés en tres zonas temporales: época colonial, siglo XIX (un trabajo cada una) y siglo XX (tres trabajos: un balance general y dos sectoriales). El énfasis está puesto en el presente siglo y esto es bastante natural, ya que la motivación reside en un problema actual: la crisis económica. Es de lamentar que esto no tenga su correlato en el nivel de los trabajos. Frente a la calidad de los balances para la época colonial por Efraín Trelles y para el siglo XIX por Christine Hünefeldt son notorias las carencias de los ensayos para el siglo XX. Así, por ejemplo, M.A. Tejada (autor del balance general) olvida todo el rico debate que se suscita desde fines de los años 50's con las teorías de la dominación y dependencia, y el llamado "desarrollismo". Sus diferentes interpretaciones históricas de los problemas centrales de América Latina ciertamente tuvieron importancia crucial, no sólo en la orientación de las ciencias sociales durante las décadas de 1960 y 1970, sino también en el mismo proceso político y social del país. Otro aspecto ignorado en este balance es la historia regional, que ha brindado importantes trabajos básicamente sobre el sur peruano tales como los de Flores Galindo (1974), Caravedo (1978). Burga y Reátegui (1981). Los balances sectoriales se ocupan de la investigación sobre los procesos agrarios (Raúl Hopkins) e industrial (César Herrera) centrándose en cuál ha sido la orientación temática de las investigaciones recientes y hacia

dónde apuntan en el futuro cercano. Ninguno de los dos llega a ser un verdadero balance del estado del conocimiento.

C. Hünefeldt también desarrolla su balance sobre el siglo XIX temáticamente, pero este ordenamiento coincide muy cercanamente con el cronológico. En forma sintética y al mismo tiempo exhaustiva nos presenta cuál es el estado del conocimiento sobre los siguientes temas, centrales todos ellos a la problemática histórica del siglo: 1) la independencia y su significado, 2) libre comercio vs. proteccionismo, 3) el guano, los enclaves y el endeudamiento externo, 4) la evolución de los sectores agrario, minero y ganadero y la formación del mercado interno, 5) crisis e industrialización. Extraña no encontrar en el texto ninguna mención a la guerra con Chile. Este "olvido" (a todas luces intencional) tiene que ver con el hecho de que no se haya escrito nada nuevo sobre este tema (tan caro a la historiografía tradicional, pródiga en héroes) en los últimos años.

Por su parte, Efraín Trelles, con su amena y clara prosa, nos deja también un cuadro bastante completo sobre el período colonial. Sólo se me ocurre añadirle un tema situado parcialmente en los linderos con la historia social, pero como lo muestra Scarlett O'Phelan en su recientemente publicada tesis doctoral, "Rebellions and revolts in 18th century Upper-Peru", tiene relaciones directas con la economía: el tema de las rebeliones.

La segunda parte del libro ofrece diez trabajos repartidos temporalmente en igual proporción que los de la primera parte, esto es, dos sobre la Colonia, dos sobre el siglo XIX y seis sobre el presente siglo. Aparecen a lo largo de estos trabajos diferentes tipos de crisis: de corto y de largo plazo, coyunturales y estructurales, generales y sectoriales. Así mismo diferentes respuestas a éstas: cambios y permanencias. La diversidad en las concepciones y el extenso arco temporal hace difícil un ejercicio comparativo, y, más bien, deja abierta la posibilidad de una discusión en torno al uso del concepto sea por economistas, sea por historiadores. No obstante, podemos ya anotar una diferencia entre las crisis del período colonial y el republicano aquí tratadas. Mientras que las primeras son sustancialmente de origen interno, las segundas están muy estrechamente ligadas a la economía mundial. Esta significativa diferencia es reveladora de lo que Javier Iguñiz apunta y Shane Hunt recoge en sus comentarios, finales sobre el fortalecimiento a través de los siglos de los enlaces del Perú, país exportador de materia prima, y la economía mundial.

El trabajo de Luis Miguel Glave nos presenta al virreynato peruano en el contexto de la llamada "crisis general del siglo XVII". La estructura económica colonial en proceso de cambio: fuerte movilidad poblacional que quiebra las reducciones toledanas, crecientes rezagos en el pago de los tributos y consecuente caída en los ingresos del Estado, transición a formas más libres de asignación de los recursos (en particular de la fuerza de trabajo) son las características más saltantes de esta estructura en erosión. Dentro de esta crisis "estructural" una coyuntura donde los elementos se agolpan, 1550-1580 es el período de los cambios drásticos, de las rebeliones. Un importante aporte al

debate sobre un siglo que es por el momento, la más oscura porción de la historia colonial peruana, por lo poco que ha sido estudiado.

Miriam Salas, por su parte, ha escogido la perspectiva sectorial para abordar el tema. Esto le permite mostrar los diversos matices de los movimientos auge-crisis de la economía mayor en la que se inserta el sector de su estudio, rescatando su relativa autonomía y cuestionando la existencia de crisis generales supeditadas al ciclo de circulación del capital minero. El aún poco estudiado sector textil parecería tener un ritmo propio determinado inicialmente por la presencia de mercados locales (la ciudad de Huamanga) y/o regionales (las cercanas minas de Huancavelica y Castrovirreyna). Posteriormente (siglo XVIII) Potosí y Oruro se convierten en destinos finales para el producto debido, paradójicamente, a la crisis que pasan que los lleva a sustituir su consumo de tejidos importados por nacionales. Así, el auge del sector textil corre paralelo a la crisis del sector minero. Propone la autora que esto se debe a la "falta de articulación real y profunda del espacio peruano" (p. 157). Ciertamente polémica su afirmación y es de lamentar que no se hayan publicado los comentarios que respecto de este trabajo (al igual que sobre el de L.M. Glave) tuvo el profesor Assaduorian. Por otra parte el mismo trabajo muestra que en cierta medida existía articulación: producción para las minas de Huancavelica que a su vez abastecían de azogue a Potosí, por ejemplo. No obstante, sería importante poder contar con series largas de precios, producción y destino de la misma que muestren más claramente los movimientos cíclicos y niveles de articulación o desarticulación con la producción minera. No sé si exista suficiente información como para elaborar tales series, pero, en todo caso, creo que éste es un campo en el que la autora todavía podría brindarnos nuevos aportes.

Pasando al siglo XIX, Heraclio Bonilla nos recuerda cómo los excesivos optimismos llevan a endeudamientos desmesurados que son orígenes de crisis. La garantía de estos préstamos, y aquí la historia no es novedosa, es un recurso natural: el guano. Más sorprendentes son los aparentes efectos de la crisis de 1872 sobre la producción: no hay caídas dramáticas en la producción global, por el contrario para algunos productos (azúcar, salitre) seguirá un período de "boom", mientras que para otros la tendencia es estacionaria (plata, lanas), sólo el algodón ve decrecer su producción a partir de 1874. Tampoco se puede afirmar que los ingresos hayan caído, aunque sí parece haber ocurrido un incremento general de precios. En consecuencia, tenemos un conocimiento bastante detallado del desencadenamiento de la crisis desde el gobierno peruano hacia afuera, pero sobre sus efectos internos sabemos muy poco, ya que incluso los datos sobre producción disponibles son, en su mayoría, de productos de exportación. Se hace necesario el trabajo con fuentes diferentes que permitan la elaboración de estimados de producciones sobre las cuales hasta ahora o poseemos algunos datos poco confiables o ninguno.

Este problema de las fuentes compete también al trabajo de Dehera Bruce. El objetivo que ella se plantea es "aproximarse a una evaluación del

impacto de la Depresión del '30 sobre los ingresos de las personas, especialmente aquellas no vinculadas a los principales productos de exportación" (p. 231). El esfuerzo es considerable, pero la falta de una crítica de las fuentes usadas (no basta con decir que las cifras son de dudosa confiabilidad) puede llevar a errores. Por ejemplo, se podría pensar que el ingreso real de los trabajadores ligados al sector exportador mejoró en plena crisis, lo que es por lo menos sospechoso. Con respecto a los otros sectores la evidencia es aún más fragmentaria. Lógicamente las conclusiones no pueden ser muy sólidas.

Para terminar con la cuestión de las fuentes y los datos, resultó importante rescatar el llamado de Shane Hunt en su comentario al trabajo de Bonilla acerca de la necesidad de que los actuales estimados con los que se trabaja (incluidos los suyos) devengan obsoletos. Esto es un verdadero reto que se debe asumir.

El trabajo de Alejandro Rabanal sobre la economía de la década de 1920 se basa mayormente en discursos del presidente Leguía (los cuales cita en extenso) y otros documentos oficiales que incluso comprenden una larga lista de obras públicas que este autor reproduce. En cuanto a su análisis no brinda nada novedoso y más bien concluye en lo que ya ha devenido un lugar común: "la base del fracaso de Leguía y del ahondamiento de los efectos de la gran depresión fue el patrón de desarrollo elegido". Después de leer el texto uno no puede dejar de preguntarse a qué fracaso se refiere puesto que éste no se vislumbra en ningún momento de la lectura.

Los textos de Luis Ponce y Roxanne Cheesman se ocupan del impacto de la crisis del '29 y la posterior Depresión sobre la agricultura de la costa nor-central y las políticas de reactivación frente a la misma, respectivamente. Ponce encuentra que los efectos de la crisis sobre la agricultura nor-central no son nada ortodoxos: incremento del área cultivada, nivel de empleo y producción. Para explicar tan singulares efectos privilegia las características del mercado de trabajo y la modernización a partir de las haciendas azucareras. La escasa movilidad de la mano de obra permite el alargamiento de la jornada de trabajo y, a su vez, el pago en alimentos (la ración) y vivienda posibilita la reducción del jornal. Por otra parte, el aumento de la productividad media por hectárea, debida a la modernización y concentración de la tierra (en particular para el algodón y azúcar), permite reducir el área sembrada con estos productos y diversificar. Otro factor que el autor señala, sin otorgarle tanta importancia como a los anteriores, es el apoyo que el gobierno de Leguía da a la agricultura: créditos, reducción de impuestos y rebaja del precio del guano. Un elemento también mencionado, pero al cual no se presta mayor atención, es la serie de inundaciones que se dan en la costa en la década del '20 ¿No será quizás que la crisis que éstas desencadenan lleva a cambios en la agricultura nor-central que explicarían la tan satisfactoria respuesta a la crisis del '30? Esta es una pregunta que debería ser explorada próximamente.

El texto de R. Cheesman nos muestra los efectos "macro" de la crisis y su visión contrasta marcadamente con la de Ponce. La baja de los ingresos por

exportaciones y la restricción del crédito externo son los mecanismos principales de transmisión de la crisis. Hasta la llegada de la misión Kemmerer (1931) la política económica no variará sustancialmente, solamente que el financiamiento del elevado gasto público se da ahora a través de deuda interna. Con la misión Kemmerer se implementa una política recesiva cuyos efectos, según la autora, son desastrosos: deflación, desempleo, disminución de la demanda y aletargamiento de la actividad económica en general (p. 296). La reactivación no se dará sino hasta que los precios comienzan a recuperarse. ¿Por qué esta fuerte divergencia entre el comportamiento del sector agrícola costero y la economía global, sobre todo teniendo en cuenta que buena parte del primero es exportador y que por lo tanto debía recibir el impacto de la crisis directamente? Quizá en parte se debió a que este sector venía de una crisis durante la década del '20 que lo "prepara" para la de comienzos de la década siguiente. Por otra parte, esto también nos llama la atención sobre la necesidad de un enfoque más completo sobre los efectos de la crisis del '30 que diferencie el impacto sobre los diferentes sectores productivos.

Sigue un elaborado esquema de interpretación de la crisis actual por Javier Iguñiz. Nos habla el autor no de una, sino de varias crisis con orígenes, momentos e impactos diferentes que se suscitan (o concentran) en el período 1970-1982. Distingue tres crisis diferentes de acuerdo al desempeño de los principales sectores productivos: del sector primario-exportador, de la agricultura y de las industrias. La crisis agrícola es de origen interno, las otras dos están directamente relacionadas a la economía mundial y la inserción del Perú en ella. Dentro de la crisis industrial separa la crisis "por apertura" (más localizada, coyuntural) que abarca el período 1979-1982 y "por restricción externa", esta última común a los países en desarrollo que son grandes consumidores de divisas necesarias para la importación de insumos. Añade una crisis "natural" vinculada a factores extraeconómicos como las variaciones en las condiciones naturales que afectan sobre todo a la agricultura y pesca. Resultan importantes estas distinciones en un contexto en el que "la crisis económica" ocupa el centro de la escena política y se tiende a olvidar en qué consiste tal crisis.

Cierra el libro un comentario de Shane Hunt sobre el trabajo de Iguñiz y sobre el comentario (no publicado) que Rosemary Thorp hizo al mismo.

Tenemos ante nosotros pues, un volumen que amerita una lectura detenida tanto para los interesados en problemas históricos como económicos. Quizá su mayor mérito sea mostrar la necesidad de conjugar ambas visiones para una cabal comprensión del presente.

MIGUEL JARAMILLO BAANANTE
Pontificia Universidad Católica del Perú